

el Cáliz». Y éste parece ser el gesto principal. Se ofrece el pan y el vino, porque estamos reproduciendo la Cena, porque Cristo lo quiso así, porque el pan y el vino representan al que es el alimento del alma, al que pudo decir con toda verdad: «Yo soy el Pan de vida», y porque en estos elementos encontrarán los cristianos de todos los tiempos hermosas e instructivas figuras y símbolos impresionantes de las más altas verdades de la vida espiritual. En el primer devocionario que ha tenido la Iglesia, la Didajé, se rezaba ya de esta manera: «Como este pan, disperso antes en las montañas, ha llegado a ser uno, así un día tu Iglesia sea reunida de todos los confines del mundo en tu reino».

Esta oblación del pan y el vino se subraya en todo el curso de la Misa: el ofertorio la insinúa, la secreta alude a ella constantemente; el Canon habla de «dos donos, de los obsequios y de los sacrificios immaculados, depositados sobre el altar, y aún después de la consagración, que los ha transformado, decimos al Señor que le presentamos nuestra ofrenda *de tuis donis ac datis*. Todo esto revela una realidad innegable, una intención, una voluntad, la de presentar la Misa como la oblación de la Santa Iglesia, oblación de unos dones tangibles, elementales y tradicionales entre los hombres, con la cual se perpetúa y consagra una de las formas milenarias del sacrificio.

Más que un sacrificio pudiéramos llamarlo un homenaje. Dios no tiene necesidad de nuestro pan ni de nuestro vino. «¿Acaso voy a comer yo carne de toros o beber sangre de cabritos?», decía a los hebreos en el Antiguo Testamento. «Si tuviese hambre, no te lo diría, pues mía es la tierra y todo lo que contiene.» La ofrenda no es más que un reconocimiento de esta propiedad, y como un símbolo por el cual se continúa y se acentúa la acción de gracias. Este sentido tienen también los ritos relacionados con las primicias. Todo es de Dios y nosotros somos también suyos. También nosotros estamos incluidos en nuestra ofrenda. Por eso

decía San Agustín: «La Iglesia sabe que en aquello que ofrece ella misma se ofrece». Y así, en la ofrenda del pan y del vino, humilde sacrificio ritual, de un sentido casi popular, está virtualmente contenido otro homenaje, no ya ritual y ocasional, sino moral y permanente: la ofrenda de nosotros mismos ante la majestad de Dios, que nos ha dado el ser y le conserva.

LA INMOLACION

Pero si no han sido abolidas las antiguas tradiciones hebraicas ni los usos elementales de todos los pueblos, nada de esto debe hacernos olvidar que, como observa el Concilio de Trento, la Misa es, ante todo, un acto de propiciación, un sacrificio expiatorio, en que se inmola el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo. Se ofrece el pan y el vino, y al mismo tiempo la cosa ofrecida es el mismo Cristo: o si se quiere, el Cuerpo y la Sangre de Cristo, inseparables de su alma y divinidad. Este tercer aspecto no anula los otros dos, aunque los supera infinitamente. La acción de gracias permanece; la realidad de la oblación nos permitirá hablar, antes y después de la consagración, de los dones, de los presentes, de las ofrendas que se presentan ante el altar; pero todo queda como empequeñecido ante el prodigio trascendente del sacrificio cristiano: por virtud de las palabras del sacerdote, en el altar ya no hay pan y vino; es el mismo Cristo quien está allí bajo las humildes apariencias del vino y del pan. Y ya no es una cosa material la que se ofrece, sino el Cuerpo mismo del Hombre-Dios. Esto es lo que da a la Misa su valor supremo, su sentido más alto y ese carácter grandioso que hace de ella un sacrificio de expiación, y de expiación perfecta. Aseguraba San Pablo, escribiendo a los hebreos, que «sin efusión de sangre no hay perdón», y al escribir estas palabras pensaba principalmente en este sacrificio del cristianismo, por el cual Cristo se ofrece y a la vez se